



*Francis Plug:  
Cómo ser un autor público*



PAUL EWEN

*Traducción del inglés a cargo de  
Alicia Frieyro*



IMPEDIMENTA



## INTRODUCCIÓN

La tribu literata ya no es lo que era. Gente introvertida, reservada, estudiosa. Hubo un tiempo en que estos ratones de biblioteca rehuían los bares de moda, las veladas y los encuentros literarios. Evitaban a toda costa cualquier reunión social o pública porque estas actividades eran muy poco librescas. La gente de libros prefería quedarse en casa, o sentarse a solas en un discreto pub para leer un buen libro o aprovechar y sacar unas líneas de escritura. De hecho, era en los escritores, quizá, donde se manifestaban de manera más aguda estos rasgos librescos. O, al menos, así era en el pasado.

Hoy en día, a la gente libresca como los escritores es habitual encontrarla sobre un escenario, encabezando el cartel de un festival u ofreciendo una entrevista en la televisión. Los eventos y presentaciones con autores han proliferado y pasado a formar parte intrínseca del rol del escritor. Y no es que los autores se hayan vuelto más

extrovertidos de repente, no; es más bien su trabajo el que ha cambiado.

Por supuesto, no todos los escritores son ratones de biblioteca. Al menos no en el sentido tradicional de la expresión. Algunos están capacitados para la vida pública, en particular aquellos procedentes de determinados ámbitos académicos donde se fomenta hablar en público y donde se enseña y esculpe la confianza que requieren las situaciones sociales. A estos escritores se les puede calificar incluso de «gregarios» y, como tales, aceptan con gusto que se les proponga participar en charlas, debates y firmas de libros. Bravo por ellos. Pero a los otros —los autores tímidos, huraños y cohibidos— se los está arrojando también bajo los focos. Ese es mi equipo. Los negados sociales. Sin formación ni recursos para plantar cara a nuestros lectores. Lo más preocupante es que nadie nos ofrece ni orientación ni consejos. Se espera que saltemos al ruedo por las buenas, con confianza y destreza, armados de bromas, respuestas y ocurrencias. Un cataclismo en potencia, vamos.

Por eso he decidido estudiar los usos y maneras del evento literario. La pericia que se necesita para sobrevivir como autor público. Este libro es la culminación de esa investigación. Su planteamiento sigue la elegante tradición de la serie «Writers at Work» de *The Paris Review*: sonsacar métodos y trucos de los más insignes nombres de la literatura. Pero, a diferencia del formato de entrevista de aquella, esta colección se basa en experiencias y observaciones realizadas y vividas de primera mano en encuentros reales con autores. Al asistir a dichos eventos en persona y documentar hasta el más ínfimo detalle del auténtico estilo del escritor, he conseguido excavar una rica mina de información re-

lativa a las habilidades públicas de nuestros escritores más notables. Etiqueta escénica, preguntas del público, firmas de libros, vestuario, actuación. Una sabiduría de valor incalculable para quienes nos veamos forzados a convertirnos también en autores públicos.

Los escritores en los que he decidido centrarme específicamente son los ganadores del Premio Booker. Autores que se encuentran en la primera línea de interacción pública, bajo el más intenso escrutinio público y relumbre de los focos. Si se busca un modelo a seguir en el mundo del autor público, este es sin duda el grupo donde encontrarlo. Con suerte todos podremos beneficiarnos de su valiosa desenvoltura y sabiduría.

FRANCIS PLUG

# Midnight's Children

Salman Rushdie

*To Francis Pugh*

*Salman Rushdie*



JONATHAN CAPE  
THIRTY BEDFORD SQUARE LONDON

El agua forma ondas en el vaso de Salman Rushdie. El vaso en sí está perfectamente inmóvil; reposa muy quieto sobre la superficie lisa de la mesa, pero hay ondas en el agua. Es agua *mansa*, pero se mueve. Sé que es agua *mansa* porque alcanzo a leer la etiqueta de la botella. *Agua mansa de manantial*. Estoy sentado en primera fila. Puedo verla con mis propios ojos.

Salman Rushdie apenas ha tocado su agua, como es lógico. El agua la colocaron sobre la mesa poco antes de las 18:30, y él no tomó asiento hasta las 19:07. Así que ha estado ahí servida, calentándose, durante casi cuarenta minutos. Imagínense cómo sabrá ahora, sobre todo bajo todos esos focos tan potentes. Yo a veces bebo agua caliente de la ducha mientras me lavo la cara, pero no me la trago porque tiene el regusto de la que sale de la rana ornamental de un estanque de jardín un día de mucho calor. Así que escupo el agua y dejo que se deslice sobre mi vientre. Y luego le doy a mi tripa una buena enjabonada.

Las bacterias proliferan en el agua tibia. Se multiplican a sus anchas en los colchones de agua. Sé de una pareja que nunca limpió su colchón de agua, ni una sola vez. Se supone que hay que añadir productos químicos para mantener libre de bichos el agua recalentada. Pero esta pareja no lo hizo. Quizá ellos no sabían que tuvieran que hacerlo, o puede que se les olvidara. El caso es que un día, antes de una mudanza, vaciaron el contenido del colchón en la bañera. En el agua que empezó a salir a borbotones por la válvula había docenas de seres escamosos con patas y sin ojos. Un montón de ácaros peludos diminutos que se pusieron a patear en la reluciente bañera blanca. La pareja se quedó horrorizada. Pero faltaba el remate final. Tras una expectoración flemosa, se escurrió del interior un gigantesco gusano viscoso de dos metros, o quizá más, de largo y más gordo que un pulgar. Habían estado durmiendo encima de eso. Durmiendo en una cama de lombriz.

Conclusión: no beban el agua de cortesía que les sirvan en los eventos a los que los inviten como autores porque podrían pillar lombrices.

Existen otros peligros, además. Su botella de agua podría haber sido manipulada mientras aguarda su llegada, sin supervisión, en el desierto salón de actos. Basta fijarse en lo que hemos aprendido de Agatha Christie. A los personajes de sus libros los envenenan todo el tiempo. La escritora hasta se molesta en revelar qué tipo de veneno se emplea y cómo se les administra. En sus bebidas. Los organizadores de este evento seguro que se conocen la obra de Agatha Christie de pe a pa, y sabrán de la existencia de la brugmansia, otrora conocida como datura, un arbusto nativo de Sudamérica, con flores en forma de péndulo y perteneciente a la familia de las solanáceas, cuyo célebre

perfume nocturno es utilizado por las tribus amazónicas en forma de veneno destilado para impregnar las puntas de sus flechas. No hace falta ser un cerebritito para sacar conclusiones.

Estaba programado que el evento de esta tarde comenzara a las siete, pero el profesor John Mullan, que es el que hará todas las preguntas, y su invitado, el novelista Salman Rushdie, no han tomado asiento a la mesa de pino claro hasta unos siete minutos después. Me he dado cuenta de que los autores siempre van con retraso. Esa es la razón por la que, a diferencia de lo que sucede con otras celebridades, no les pagan cantidades ingentes de dinero por publicitar relojes caros. Yo, sin embargo, he entrado en el Shaw Theatre a las seis y veinte minutos y por eso he podido hacerme con este exclusivo asiento en el mismísimo centro de la primera fila. Si estuviera viendo a Salman Rushdie por la tele, entonces tendría que colocarme más atrás para no dañarme la vista.

Antes, una vez reservado mi asiento con mi abrigo, he estado correteando por el auditorio vacío jugando a polis y cacos. Tras asignarme el papel de caco, he recorrido a toda velocidad una fila, entre las butacas plegadas, con la mano derecha metida en la manga sosteniendo una pistola. Al alcanzar la pared del fondo y darme cuenta de que no tenía escapatoria, he dado media vuelta, sacado el arma y empezado a disparar a discreción, mientras gritaba ¡¡AAARRGHH!! Un poli me ha disparado a la cara, y he caído de espaldas sobre la hilera de asientos, pateando el aire con las piernas. Ha sido bastante realista, con una leve conmoción y todo, así que he dado por concluido el



juego antes de tiempo y he regresado renqueando entre las butacas, abriendo todos los asientos a mi paso con gran estrépito. Otra cosa que puede usted hacer antes de que dé comienzo el evento literario de turno es dar buena cuenta del vino de cortesía.

**Mujer de la mesa de bebidas:** ¿Otra vez por aquí?

**F. P.:** Sí, estaba delicioso, gracias.

**Mujer de la mesa de bebidas:** ¿Y quiere otra copa?

**F. P.:** Sí, por favor.

**Mujer de la mesa de bebidas:** *[Levanta una botella.]*

¿Blanco?

**F. P.:** Hum, sí, blanco y tinto, gracias.

**Mujer de la mesa de bebidas:** ¿Blanco y tinto?

**F. P.:** ¡Por qué no! *[Con risa nerviosa.]*

**Mujer de la mesa de bebidas:** ¿Una de cada?

**F. P.:** ¡De acuerdo! *[Con risa nerviosa.]*

**Mujer de la mesa de bebidas:** Llega usted un poco pronto, ¿no le parece? Todavía falta media hora...

**F. P.:** Sí. ¿No tendrá licor de Cachemira?

**Mujer de la mesa de bebidas:** ¿Licor de Cachemira?  
No...

**F. P.:** ¿Y mercurocromo? ¿Tiene?

**Mujer de la mesa de bebidas:** No, solo vino.

**F. P.:** Ya. ¿Y alguno de los vinos contiene serpientes de agua encurtidas? Para la virilidad, digo.

**Mujer de la mesa de bebidas:** No, son todos vinos normales y corrientes. De uva.

**F. P.:** De acuerdo. Quizá podría llevarme una botella. Para ahorrarme... Para ahorrarle a usted la molestia de tener que estar sirviéndome todo el rato... *[Con risa nerviosa.]*

**Mujer de la mesa de bebidas:** ¿Quiere usted llevarse una botella?

**F. P.:** Ja, ja. Sí.

**Mujer de la mesa de bebidas:** Esto... Se supone que solo puedo servir una copa por persona. Y usted ya lleva tres. Tres copas más una botella entera vendrían a ser como... siete copas hasta los bordes...

**F. P.:** Soy como un campo de césped, ¿eh? Un campo de césped.

La botella vacía reposa ahora de pie junto a mi zapato mientras Salman Rushdie comenta *Hijos de la medianoche*, su novela premiada con el Booker. En este preciso momento habla sobre el empleo de temas de actualidad.

**Salman Rushdie:** ... tratar de incorporar en una novela contemporánea material histórico o político contemporáneo, en particular, da mucho miedo porque, ya sabe, los temas cambian de continuo, ya sea esta semana o el año que viene o en el transcurso de cinco años...

El *sauvignon blanc* conservó su frescura mucho mejor que el agua de Salman Rushdie. ¿Por qué el Shaw Theatre no le ofreció una jarra de agua con hielo? Quizá creyeron que le impresionarían con la bonita botella y el hecho de que el agua fuera de manantial. Madre mía. Si hasta un memo como yo puede darse cuenta de esa ridícula pretensión, me temo que Salman Rushdie debe de estar horroizado. Otros invitados tienen a gente correteando desde bastidores con bebidas frescas, pero a Salman Rushdie le han endosado un agua que probablemente huela como un

guante de lana puesto a secar sobre un radiador. ¿Y si le da un buen sorbo y tiene que escupirla? ¿Dónde lo hará? ¿En la mano? ¿Y luego qué va a hacer con ella? ¿Vaciársela en el bolsillo? Pero ¿y si hay demasiada agua y no le cabe en el cuenco de la mano? Entonces ¿qué? ¿Se la dejará en la boca y se pondrá a hacer gárgaras? ¿O permitirá que rezume de su boca y discurra por su barba? No, no hará cosa semejante. Esto es un evento literario, y Salman Rushdie tiene una reputación que salvaguardar como distinguido hombre de letras. Se verá obligado, en contra de su voluntad, a tragarse el agua calentorra y resignarse al hecho de que no debe beber más, a pesar de que tiene la garganta seca de tanto hablar, cosa a la que obviamente no está acostumbrado porque es escritor, y los escritores no hablan, reposan en silencio.

Solo a modo de reiteración, NO BEBAN del agua de cortesía en los eventos a los que asistan como autores invitados.

Las ondas en el agua de Salman Rushdie, si no me equivoco, las están produciendo una serie de profundos suspiros. Suspiros que se le escapan por la nariz. Procedo a describir la nariz de Salman Rushdie del mismo modo que otros, llegado el momento, puede que describan, a su vez, la nariz de usted mismo. No es un órgano monumental, pero parece tener mucho que decir. De puente a proa tiene la longitud aproximada de un teléfono móvil moderno, y se asemeja a un ramillete de florecillas que le hubiesen plantado a Salman Rushdie en la cara boca abajo, sin una mísera nota. Los orificios tienen forma de relojes blandos, y su generosa holgura hace posible que por

ambos senos circulen, como por sendas cañerías, importantes volúmenes de aire tanto hacia afuera como hacia dentro. Prendidas a la nariz lleva unas estilosas gafas —no estoy seguro de qué marca o de qué óptica, pero quizá un examen más de cerca en alguna imagen de internet podría confirmar este particular—. Es importante resaltar que la perilla y el bigote, que empiezan a sucumbir a las canas, están cuidadosamente recortados.

El acto se está celebrando con público en directo en el teatro, pero también lo están grabando para que sea de uso público en el futuro. Sobre la superficie de la mesa, junto con el *agua de manantial*, hay una grabadora y algunos micrófonos. Un joven los conectó poco antes de las siete, y ahora está sentado detrás de una mesita lateral, con unos auriculares en la cabeza y de frente al público cual taquígrafo de un juzgado, registrando los hechos. El propósito de este aparataje electrónico es grabar la voz del autor en forma de «podcast» de audio, al que se podrá acceder de manera gratuita en la web. Esto debe de someter al autor a una presión todavía mayor, porque cada palabra que dice se immortaliza para que el mundo entero la pueda escuchar. Y no solo las palabras sino otros sonidos también, como risas, ronquidos y estornudos. Mi tos de fumador seguramente quede registrada en el archivo de hoy. Una vez se me cayó una botella de whisky en un evento similar, y esta emitió un potente golpe sordo contra el suelo, y yo solté algún que otro improprio. Sospecho que también se me podría oír reírme solo y, en esa ocasión, llorar.

Estas grabaciones, sin embargo, no describen a los autores en persona. Sus gestos, su lenguaje corporal, sus

pantalones. Con suerte, el libro que ahora mismo está usted leyendo contribuirá a cubrir estos aspectos, al igual que lo harán cualesquiera eventos a los que asista como parte del público (recomendado).

Salman Rushdie y el profesor comparten micrófono sobre la mesa. Pero si usted habla bajito y no proyecta su voz adecuadamente, es posible que necesite uno propio, prendido de la solapa. Con todo y con esto, cabe que sea necesario retirarle este último si lo que está bebiendo es vino y no agua, porque es muy probable que acabe hablando cada vez más alto. Que le dé por chillar, incluso.

**F. P.:** [*A gritos.*] ¿Por qué me han dado solo una botella? Deberían haber sido dos.

He conocido a Salman Rushdie hace un rato, porque resulta que me estaba encendiendo un cigarrillo Gold Fake fuera del teatro justo en el momento en que ha llegado. Iba, y va, elegantemente vestido con un traje oscuro y lustrosos zapatos negros, camisa blanca y una corbata dorada con topos color fresa. Digo yo que la editorial se habrá hecho cargo de la factura de su carísimo atuendo, porque no hay escritor que se precie de serlo que vaya a tener un traje en propiedad. Ni hablar. Cuando yo me arreglo para salir, es para salir al jardín de alguien. Pero merece la pena contar con algún padre/abuelo en la recámara por si acaso la editorial no se muestra por la labor en este respecto, o en el caso de que sea usted un escritor autopublicado de éxito.

Salman Rushdie es un hombre bajito, lo que es un consuelo, porque yo también lo soy. Los escritores no tienen que ser guaperas de póster. Una constitución atlética

no es un prerrequisito y, lo que es más, muchos escritores están empezando sus carreras justo cuando los futbolistas profesionales están terminando las suyas. Quizá sea esta la razón por la cual uno no ve a escritores de renombre anunciando lo último en maquinillas de afeitar de alta tecnología. Tienen la cara demasiado arrugada.

A medida que Salman Rushdie se aproximaba al Shaw Theatre, le dirigí una serie de gesticulaciones nerviosas, como si el hombre fuera una aeronave en proceso de estacionamiento.

**Salman Rushdie:** Hola. ¿Quiere que le firme el libro?

**F. P.:** Sí, por favor. Para Francis Plug. Francis con i latina. Plug con ge.

**Salman Rushdie:** *Francis Plug.* ¿Es usted?

**F. P.:** Sí.

**Salman Rushdie:** Qué nombre tan interesante. Suena a personaje de ficción... Señor Tapón.

**F. P.:** Sí, pero yo soy real.

**Salman Rushdie:** Desde luego.

**F. P.:** No soy una mula parlante, por ejemplo. En una casa encantada.

**Salman Rushdie:** No. [*Hace una pausa.*] Pero como dice Saleem Sinai: «Lo real y lo verdadero no son necesariamente la misma cosa».

**F. P.:** Ya, claro. Pero también llama a su pene «pi-pi».  
[*Se ríe.*]

**Salman Rushdie:** Vale, gracias.

**F. P.:** [*Sigue riéndose.*]

Saleem Sinai es el nombre del protagonista de *Hijos de la medianoche*. Francis Plug es mi nombre. En lo que a

nombres se refiere, supongo que es de lo más memorable. La gente olvida mi cara, pero no olvida mi nombre. Esto me ha ayudado a permanecer invisible y pasar desapercibido (exceptuando el desafortunado periodo de popularización del *plug* anal). Ahora bien, como escritores se pueden olvidar del anonimato. Uno se convierte en un nombre y en una cara. De ahí que tenga sentido prepararse. Tiene todo el sentido del mundo.

La novela de Salman Rushdie está ambientada en la India y contiene complejos convencionalismos narrativos. Al profesor lo tiene entusiasmado. Daría palmas si pudiera. John Mullan, un caballero de tez rosada, es profesor de literatura inglesa y esta tarde viste un ajustado jersey negro. Parece el mismo jersey que llevaba en un acto anterior. Quizá sea su jersey de la suerte. Me recuerda a esos jerséis ajustados que tanto cuesta quitarse. Si uno intenta sacárselos por la cabeza, con frecuencia se quedan ahí atascados, y uno no ve ni torta. Así que entra un poco en pánico, temiendo asfixiarse o que alguien pueda acercarse y asestarle un puñetazo en el estómago. El profesor es de constitución enjuta, así que su ajustado jersey negro le sienta bien, pero imagino que esta noche las pasará canutas cuando vaya a quitárselo antes de acostarse.

Las preguntas del público son una parte muy popular de la mayoría de los encuentros con autores, y yo quiero preguntarle a Salman Rushdie por sus calcetines, porque puedo verlos ahí, asomándose. Pero entonces me fijo en mis manos y cambio de idea. Parecen las manos de un gusano, todo embarradas y sucias, con pequeños jardincitos debajo de las uñas. Nadie va a escoger una mano como esa, ni siquiera si, estando como estoy aquí en primera fila, me pongo a agitarla en el aire como una enorme po-

lilla mugrienta. No, me las voy a tener que lavar y cepillar a conciencia, tan pronto como vaya al servicio. Es más, van a necesitar un buen repaso antes de ese pis porque no estoy por la labor de tocarme las partes nobles con semejantes monstruos asquerosos.

**Salman Rushdie:** ... Por ejemplo la escupidera, pues es eso, una escupidera y nada más; de por sí no tiene, intrínsecamente, ningún sentido metafórico...

Salman Rushdie se encuentra en medio de una explicación importante, así que me escabullo por delante del escenario de puntillas, con mis sucias manos recogidas contra el pecho como las patitas de un silencioso ratoncillo.

Una vez desaguadas mis aguas y lavadas primorosamente mis manos, hago una escapadita al exterior para echarme un piti State Express 555 a toda velocidad. Mi entrada de ocho libras equivale a dos generosas copas y media de vino. Hasta ahora he consumido siete copas, así que puedo darme con un canto en los dientes. Con todo y con esto, uno puede ir a un concierto de un grupo de música medio decente por ocho libras. Y los grupos cuentan con iluminación especial en el escenario. En 2044 probablemente costará mil ciento once libras asistir a una charla con un escritor, y nosotros, los autores, hablaremos desde el interior de urnas cerradas a prueba de balas. Quizá estemos viviendo la era dorada de la interacción autor/lector, pero sospecho que para la mayoría de los escritores contemporáneos esto es una puta pesadilla.



En el exterior del teatro no parece haber nada con lo que atraer a las masas al evento de esta tarde. Un Salman Rushdie inflable con largas piernas bailarinas, por ejemplo. Ni siquiera una pancarta con la inscripción: ¡PRÓXIMAMENTE! ¡SALMAN RUSHDIE! ¡HABLANDO! ¡CON TODOS USTEDES! ¡EN VIVO Y EN DIRECTO!

Es solo cuestión de tiempo, supongo.

La mesa de los vinos está desatendida, así que me agencio otra botella antes de regresar al auditorio. Salman Rushdie se vuelve para mirarme mientras correteo encogido hacia mi asiento, y los ojos del profesor se ven distraídos por mi reentrada también. Debe de desconcentrar bastante tener a alguien moviéndose por ahí como un lagarto con volantes mientras estás intentando hablar. Pero al menos no los he dejado tirados. He regresado. Y mis manos relucientes huelen maravillosamente bien a jabón líquido de tocador.

**F. P.:** [*En voz alta.*] Mmm... Leche y miel.

La condensación de la botella de vino deja cercos de humedad en mis pantalones. También me empiezo a notar muy borracho. Hay dos Salman Rushdies ahora, así que trato de mirarlos a través del cristal de mi copa de vino, llevándomela a la altura de los ojos.

**F. P.:** [*En voz alta.*] ¡Se ha cuadruplicado! ¡Ya no hay uno, hay cuatro, tres Rushdies! ¡CUATRO! ¡TRES!  
¡CUATRO! ¡DOS! ¡NUEVE!

**Mujer sentada a mi lado:** ¡¡Ssshhhh!!

En mi estómago, el vino se agita y chapotea. Salman Rushdie trata de responder a una pregunta del público acerca de los personajes que han escapado de su control. Pero la serenidad de su suave voz se ve quebrada por mi ataque de hipo. Levanto la mano.

**Profesor Mullan:** Sí, el joven de ahí, en la primera fila.

**F. P.:** PERDÓN. Hip.

**Profesor Mullan:** Hum...

**F. P.:** ESTOY MUY... hip... BORRACHO.

**Profesor Mullan:** Comprendo.

El profesor se apresura a escoger a otra persona, y Salman Rushdie contesta con una sesuda respuesta. Yo me desplomo sobre el respaldo sintiéndome un poco capullo.

Más tarde, cargado con mi pesada bandolera de cuero, salgo a trompicones del auditorio, posiblemente aferrando una botella de vino.